

esta idea de la moralidad y la justicia de las revoluciones.
 En vez de lo bueno, el mal se repite, y el progreso
 es imposible. Así es que el error se repite, y el progreso
 no avanza. No es el bien el que se repite, sino el mal.
 El error se repite, y el progreso es imposible.
 Así es que el error se repite, y el progreso es imposible.
 El error se repite, y el progreso es imposible.

XII.

ESCEPCION EN EL CARÁCTER DE LETHIERRY.

para obtener á ellos. (Deseo de decir, era el punto de vista
 los curas. Estaba contra ellos por la idea, y la idea
 era imposible, por el instante. Estaban en una
 duda, y los curas los habían. Estaban en una
 duda, y los curas los habían.

Mess Lethierry tenia un defecto, un gran defecto.
 Odiaba, no á alguno, sino alguna cosa, á los curas.

Un dia leyendo,—porque él leia,—en Voltaire,—por-
 que él leia á Voltaire,—estas palabras: «los curas son ga-
 tos,» dejó el libro y refunfuó á media voz: «yo me
 siento perro.»

Debemos recordar que, en su creacion del Devil-Boat
 local, los curas luteranos y calvinistas le habian comba-
 tido con empeño y perseguido cuanto les fue posible. Ser
 revolucionario en navegacion, procurar dotar de un pro-
 greso al archipiélago normando, hacer tragar á la pobre-

BIBLIOTECA ALFONSO XIII
 UNIVERSIDAD DE MADRID

cita isla de Guernesey los vaciados de una invencion nueva, era, ya lo hemos dicho sin tapujos, una temeridad condenable. Asi es que el clero le habia condenado.

No se olvide que hablamos aquí del clero antiguo, no del de hoy, el cual, en casi todas las iglesias locales, tiene una tendencia liberal hácia el progreso.

Lethierry se habia visto contrariado de mil maneras; toda la cantidad de obstáculos que puede haber en pláticas y sermones se le habia opuesto. Detestado de los curas luteranos y calvinistas, él les detestaba. El odio de aquellos era la circunstancia atenuante del suyo.

Pero, digámoslo, su aversion á los curas era idiosincrática. No tenia necesidad de que los curas le odiasen para odiarles á ellos. Como él decia, era el perro de aquellos gatos. Estaba contra ellos por la idea, y, lo que es aun mas irresistible, por el instinto. Entreveia sus uñas escondidas, y les enseñaba los dientes. Convenimos en que se los enseñaba á tontas y á locas, y no siempre oportunamente.

En no distinguir hay injusticia. Los odios en globo no son racionales.

Delante de Lethierry no hubiera encontrado indulgencia ni el mismo vicario saboyano. No sabemos si en su concepto habia un solo cura bueno. A fuerza de ser filósofo, perdía algo de su discrecion.

La intolerancia de los tolerantes existe, como existe la rabia de los moderados.

Pero Lethierry era tan bondadoso, que no podia odiar

verdaderamente. No tanto atacaba como rechazaba. Se mantenía distante de las gentes de iglesia. Le habian hecho mal, y se limitaba á no quererlas bien.

La diferencia entre el odio de los curas y el suyo consistía en que el de los curas era animosidad, y el suyo era antipatía.

Tan pequeña como es la isla de Guernesey, tiene sitio para dos religiones. Contiene religion católica y religion protestante. Añadamos que no encierra las dos religiones en la misma iglesia. Cada culto tiene su templo ó su capilla.

En Alemania, en Heidelberg, por ejemplo, no se andan con tantos repulgos; se corta la iglesia en dos, la mitad para San Pedro, la otra mitad para Calvino; entre las dos mitades se levanta un tabique para prevenir camorras; partes iguales; los católicos tienen tres altares, los hugonotes tienen tambien tres altares, y como se oficia á las mismas horas, una campana misma llama á la vez para las distintas ceremonias. Llama á un mismo tiempo á Dios y al diablo. Simplificacion.

La flemá alemana consiente esas aproximaciones. Pero en Guernesey cada religion tiene su casa. Hay la parroquia ortodoxa y la parroquia herética. Se puede escoger. Ni una ni otra: tal habia sido la eleccion de mess Lethierry.

Aquel marinero, aquel obrero, aquel filósofo, aquel aventurero del trabajo, muy simple en apariencia, no lo era enteramente en el fondo. Tenia sus contradicciones y

sus obstinaciones. Respecto de los curas era inflexible. Podía dar quince y falta á Montlosier.

Se permitía chanzas las mas intempestivas. Tenía dichos que le eran propios, muy estafalarios y de malicioso sentido. Llamaba el ir al sermón «ir á pintar la conciencia.»

La poca instruccion literaria que tenía, limitada á cierta lectura espigada sin concierto, entre dos borrascas, se complicaba con faltas de ortografía.

Tenía también defectos de pronunciaci6n no siempre inocentes. Cuando despues de la batalla de Waterlóo se firmó la paz entre la Francia de Luis XVIII y la Inglaterra de Wellington, mess Lethierry dijo: *Bourmont a été le traître d'union entre les deux camps.* (Bourmont ha sido el traidor (el tratado) de union entre los dos campos.) Un día escribió *papa oté* (papa quitado) en lugar de *papauté* (papado.) No creemos que lo hiciese espresamente.

Su antipapismo no le captaba la benevolencia de los anglicanos. No le querían mas los rectores protestantes que los curas católicos.

En presencia de los dogmas mas graves, su falta de religion se manifestaba casi sin recato.

Habiéndole la casualidad conducido á un sermón sobre el infierno, del reverendo Jaquemin Hérode, cura protestante, sermón magnífico, salpicado de la cruz á la fecha de textos sagrados, que prueban las penas eternas, los suplicios, los tormentos, las condenaciones, los castigos inexorables, las quemas sin fin, las maldiciones inestin-

guibles, las cóleras de la Omnipotencia, los furores celestiales, las venganzas divinas, cosas incontestables, se le oyó decir en voz baja al salir con uno de los fieles:—¿Qué quereis? Yo tengo mi idea. Yo me figuro que Dios es bueno.

Toda su levadura de ateísmo le venía de su residencia en Francia.

Aunque guernesiano, y guernesiano de bastante pura sangre, se le llamaba en la isla el francés, á causa de su carácter *improper*. Él mismo no lo ocultaba; estaba impregnado de ideas subversivas. Su tenacidad en construir aquel buque de vapor, aquel Devil-Boat, lo habia probado por completo.

Él decía: *Yo he amamado el 89.* Y el 89 era una nodriza que no podía dar buena leche.

Cometía, además, contrasentidos. Es muy difícil no malearse en las pequeñas poblaciones. En Francia, *guardar las apariencias*, en Inglaterra, *ser respetable*; la vida tranquila solo se consigue á este precio. Ser respetable implica una multitud de observancias, desde el domingo bien santificado hasta la corbata bien puesta.

«No hacerse señalar con el dedo.» hé aquí otra ley terrible.

Ser señalado con el dedo, es el diminutivo del anatema.

Las aldeas, pantanos de comadrerías, sobresalen en esa malignidad aisladora, que es la maldici6n vista por el pequeño agujero del anteojo. Los mas osados temen esos

chismes de vecindad. Se desafia la metralla, se desafia el huracan, y se retrocede delante de unas cuantas bachilleras.

Mess Lethierry era mas terco que lógico, y eso no obstante, bajo la presion del *¿qué dirán?* su misma tenacidad se doblaba. «Echaba agua en su vino,» decia, y esta frase es una locucion preñada de concesiones latentes y algunas veces repugnantes.

Se mantenía separado de los hombres del clero, pero no les cerraba resueltamente la puerta. En ciertos actos oficiales, y en épocas dadas de visitas pastorales, recibía con suficiente urbanidad, lo mismo al rector luterano que al capellan papista. Tenía de cuando en cuando que acompañar á la parroquia anglicana á Deruchette, la cual, como hemos dicho, no iba á ella sino en las cuatro grandes solemnidades del año.

En resúmen, esos compromisos le repugnaban, le irritaban, y lejos de inclinarle hácia las gentes de iglesia, aumentaban su aversion interior. Se desquitaba multiplicando sus chanzonetas. Aquel hombre sin hiel no tenía otras asperezas, y no había medio de corregírselas.

De hecho y de una manera absoluta, este era su temperamento, y no había mas que dejarle. Cada loco con su tema.

Todo el clero le desagradaba. Tenía la irreverencia revolucionaria. Distinguía poco entre formas de culto.

Su miopía sobre el particular llegaba al extremo de no ver la diferencia entre un ministro y un abate. Confundía

á un reverendo doctor con un reverendo padre. Decía: *Wesley no vale mas que Loyola.*

Cuando veía pasar á un pastor con su mujer, volvía la cara. *¡Cura casado!* decía, con el acento absurdo que estas dos palabras tenían en Francia en aquella época. Contaba que en su último viaje á Inglaterra había visto á «la obispa de Londres.»

Sus rebeliones contra este género de enlaces subían hasta la cólera.—¡Un traje talar no se casa con un traje talar! exclamaba. El sacerdocio le causaba el efecto de un sexo. Hubiera dicho de buena gana: «Ni hombre, ni mujer; cura.»

Aplicaba con mal gusto al clero anglicano y al papista los mismos epítetos desdeñosos; envolvía las dos «sotanas» en la misma fraseología, y no se tomaba la molestia de parodiar, respecto de los curas, cualesquiera que fuesen, católicos ó luteranos, las metonimias soldadescas usadas en aquel tiempo. Decía á Deruchette: *Cásate con quien quieras, con tal que no sea con un clerizonte.*

su tío se alegraba de verla alegre. Tenía con leve diferencia las ideas de mess Lethierry. Su religión se satisfacía con ir á la parroquia cuatro veces al año. Se la había visto muy compuesta en Navidad. De la vida lo ignoraba todo. Tenía todo lo necesario para un día enloquecer de amor. Entre tanto, estaba alegre.

Cantaba sin pensar en que cantaba, hablaba sin ton ni son, vivía para vivir, decía una palabra y pasaba, hacia cualquier cosa y huía, estaba encantadora. Unid á eso la libertad inglesa.

En Inglaterra las niñas van solas, las solteras son dueñas de sí propias, la adolescencia tiene la brida echada al cuello. Tales son las costumbres. Mas adelante las solteras libres son esposas esclavas. Tomamos aquí los dos vocablos en su buena acepción; libres en el desarrollo, esclavas de su deber.

Deruchette se levantaba todas las mañanas con la inconciencia de sus acciones de la víspera.

En grave aprieto la hubierais puesto si la hubierais preguntado lo que había hecho la semana anterior, lo que no la impedía experimentar en ciertas horas turbias un malestar misterioso, y sentir pasar las sombras de la vida sobre su expansión y su alegría. Estos espacios azules tienen aquellas nubes. Pero las nubes se desvanecían pronto. Las despedía con una carcajada, no sabiendo por qué había estado triste, ni por qué se hallaba ya serena.

Jugaba con todo. Su travesura picoteaba á los transeuntes. Hacía burla de los mocitos. Si hubiese encontrado

al diablo, no le hubiera tenido compasión, y le hubiera dirigido un sarcasmo. Era hermosa, y al mismo tiempo tan inocente, que abusaba de su misma inocencia. Daba una sonrisa como un gatito una zarpada. Tanto peor para el arañado. Ella no volvía á pensar en el arañazo. El día de ayer no existía para ella; vivía siempre en la plenitud del día de hoy. Hé aquí lo que es un exceso de felicidad.

En Deruchette el recuerdo se desvanecía como se derite la nieve.

BIBLIOTECA ALFONSO X
UNIVERSIDAD